

PRIMER PREMIO - TERCERA MODALIDAD (Bachillerato y Ciclos formativos)

MARÍA CANO CARLOS (2ºBach.D)

El reflejo

Me levanté como cada día lo hacía, pero esta vez algo había cambiado. Sentía que era más independiente o, dicho de otra forma, menos yo. Hasta ahora toda había sido normal, tenía mis cosas con cada persona, pero nada fuera del entendible. Desde que cumplí diez años, empecé a notar que mi reflejo en el espejo del baño iba con retraso. Eran unos milisegundos, pero perfectamente notables. Cuando terminaba de peinarme y bajaba el brazo, mi reflejo tarda un suspiro en bajar el suyo. Asustado, como cualquiera lo estaría, se lo conté a mi madre, pero ella no me creyó o no le dio importancia, se pensaba que era alucinaciones o impresiones mías debido a todas esas películas de miedo que me encantaba ver. Lo que ella no sabía es que su influencia, y la de la gente, harían que me perdiera.

Conforme pasaban los años, mi reflejo ya ni trataba de disimular. Cuando cumplí quince, esos movimientos sutiles desaparecieron tanto que, cuando yo salía del baño, esa especie de “yo” todavía seguía lavándose los dientes. Trataba de no mirar de reojo, pues no era de buen gusto ver como alguien que se parecía tanto a ti y que siempre había ido contigo, era tan independiente. Ahora sí que tenía miedo, pero dudaba hasta de mí, no sabía si le estaba dando demasiada importancia a una cosa que, como decía todo el mundo, sería producto de mi imaginación o causa de esas historias en las que perdía el tiempo muerto leyendo.

Todo cambió un día. Ese día que me levanté de la cama, me dirigí al baño como siempre a lavarme la cara, y mi reflejo ya estaba allí. Nunca había estado tan asustado. Me esperaba con una especie de sonrisa que yo todavía no había dibujado en mi rostro, y se movía con total libertad, como si ahora fuera él el que me dominaba a mí.

Sabía que ese día algo grave iba a pasar. Me miraba desafiante, como si hubiera estado luchando durante años por librarse de mi persona y estuviera a punto de conseguirlo. Comenzó a levantar las manos y, muy cuidadosamente, las apoyó sobre el espejo. Las mías, inconscientemente, repetían sus movimientos. Era como si sintiera el vidrio más frío que nunca, y fue en ese momento cuando la persona de enfrente mía dio un paso adelante, se giró, y se marchó por el pasillo de mi casa.

Desde ese día veo como usa mis cosas, hace lo que yo hacía y se pone mi chaqueta para ir al instituto mientras yo estoy aquí, encerrado entre estos cuatro tablones que forman un marco.

Lo peor no es solo que me haya robado la vida, es que se ha dejado la luz encendida y yo no puedo apagarla.

Olvidé que, por mucho que dijera la gente, no estaba loco.